

Luís María Borrero
Pte.

Volumen XVII.—Marzo 1.º de 1922.—Número 162.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario.

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXXII

CONTENIDO

Elogio fúnebre del Sumo Pontífice Benedicto XV pronunciado en la catedral de Bogotá el 21 de febrero de 1922, por Monseñor Rafael María Carrasquilla, prelado doméstico de Su Santidad.

Obras completas de don Miguel Antonio Caro.. JUAN A. ZULETA.

Resumen histórico de la enseñanza de la medicina en Bogotá..... JUAN N. CORPAS.

Pío XI.

El Soberano Espiritual.. J. C. GARCIA.

Merecido honor a un catedrático.

El país de Rubén Darío.

Paisajes... JUAN B. DELGADO.

Actos oficiales.

Ante un retrato de Bolívar.....

JOSÉ JOAQUÍN CASAS.

El último diciembre.... JOSÉ JOAQUÍN CASAS.

Programa para la enseñanza del latín..... J. M. RESTREPO-MILLAN.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Marzo 1.º de 1922

ELOGIO FUNEBRE DEL SUMO PONTIFICE BENEDICTO XV

PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ EL 21 DE FEBRERO DE 1922, POR MONSEÑOR RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD.

Creavi fructum labiorum pacem, pacem ei qui longe est et qui prope..... et sanavi eum.—Is. 57 19.

He creado la paz, fruto de mis labios; paz para el que está lejos y para el que está cerca.... y los he curado a todos.

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

BENEDICTO XV, el Pontífice de la paz, ha muerto Pero no ha muerto el Papa, que es uno mismo a través de las edades, llámese Inocencio o Gregorio, León o Benedicto; porque es siempre Pedro, siempre el pescador de hombres, el pastor de los corderos y de las ovejas de Cristo, el único indefectible en la fe, *caeli claviger*, el depositario de las llaves del cielo.

Ha fallecido el Padre Santo en los momentos en que su labor estaba produciendo dulces y sazonados frutos, en que él había pasado a penas los umbrales de la ancianidad; cuando se esperaba que viviría largos años, para bien, no sólo de la Iglesia, sino de la humanidad entera. Si yo fuera pagano, diría que el destino corta a ciegas la vida de los hombres, sin atención a virtudes y merecimientos; cristiano como soy, sé que cada uno de los mortales, grande o pequeño, tiene un encargo que llenar y que forma parte del inmenso plan de la Providencia divina. Terminada la parte de tarea, Dios rompe el instrumento; pero como ese instrumento es un sér inteligente, libre e inmortal, comparece ante el Padre de familia a darle cuenta de la mayordomía y a recibir la recompensa o el castigo, no en proporción de la importancia del empleo, sino del modo como lo haya desempeñado.

Al saberse la inopinada muerte del Pontífice, se levantó en el universo entero, desde el imperio asiático donde nace el sol hasta las repúblicas americanas donde el sol se pone; de las gélidas estepas de Siberia a las ardientes llanuras africanas, un clamor de sorpresa y sentimiento, compuesto del llanto y las oraciones de los fieles, y de los elogios unánimes de los hijos y de los adversarios de la Iglesia. Todos a una han pensado y han dicho que ha desaparecido un representante del soberano Señor de

cuanto existe: los católicos creemos firmemente que era Vicario de Cristo, único verdadero Dios; y las ovejas que andan errantes fuera del aprisco veían en Benedicto una imagen viva de Dios, que es paz, y es justicia y es amor.

Cuáles habrán sido los sentimientos del oscuro sacerdote que os está hablando? El finado Papa lo admitió entre los prelados de su casa, lo hizo miembro de la familia pontificia, le escribió para animarlo a seguir empleando el corto espacio de vida que le resta en servir a la noble juventud colombiana, habló de él varias veces en términos de paternal cariño. Quizá Benedicto ignoró, durante su vida terrena, mi adhesión y amor a su sagrada persona; hoy desde el cielo sabe que si prodigó, por pura caridad, sus beneficios a un indigno, a lo menos no se los concedió a ningún ingrato.

No comenzaré el encomio del difunto Pontífice por el recuento de la nobleza muchas veces secular de su familia, ni por los servicios que sus antepasados prestaron a la Iglesia y a la Patria. ¿Para qué necesita ejecutorias de familia el heredero de la majestad y poder del Rey invisible de la gloria, del solo Santo, del solo Señor, del solo Altísimo, del Creador, Dominador y Juez del universo? ¿Qué falta le hicieron a Pedro, el pescador de Galilea; al gran Nicolao V, el humilde pedagogo de Sarzana; a Sixto V, hijo de labradores desvalidos?

No seguiré a Santiago della Chiesa, el futuro Benedicto XV, en sus brillantes estudios eclesiásticos y universitarios, ni en su larga, modesta y fecunda carrera diplomática, como auditor de nunciatura y sustituto de la Secretaría de Estado, bajo la dirección del egregio Rampolla y la mirada penetrante de León XIII; ni me detendré en el corto arzobispado de Bolonia, ni en los pocos meses de púrpura sagrada; quiero llegar al Conclave, formado por cardenales de las diversas naciones, ya entonces en acérrima pugna unas con otras. La augusta asamblea, animada de un solo corazón y una sola alma, en breves horas eligió a della Chiesa para gobernar la barquilla de San Pedro, cuando ya se había desatado la más pavorosa borrasca que haya visto la tierra, después del diluvio universal.

El Cardenal electo, con la serenidad propia de su raza, puesta la confianza en Dios, de quien iba a ser Vicario, aceptó el honor y la carga, se sentó a popa de la nave y empuñó el timón con mano experta y firme, en medio del rebramar del huracán, el estallido del rayo, el reventar de las olas enloquecidas.

Porque en la guerra de que hemos sido testigos a distancia tomaron parte casi todas las naciones del globo, y allegaron soldados en tanta multitud como no se recuerda en la historia; al punto que las fabulosas huestes de Jerjes o los ejércitos napoleónicos a penas ha-

bían servido de descubierta a cualquiera de los beligerantes. Se combatió a un tiempo mismo en varios frentes, cada uno de centenares de leguas de extensión; y no en batallas distintas, separadas entre sí por meses o siquiera por semanas, sino en una refriega incesante, día y noche, sin tregua ni descanso, durante cuatro años, que semejaron siglos. Se peleaba en la tierra y en el mar; en las profundidades del océano, desalojando a los peces y a los monstruos marinos, y en lo más alto de la atmósfera, de donde huían asustadas las águilas; y se emplearon las maravillas inventadas por la ciencia para la felicidad y la vida en el exterminio y la matanza. Las ciudades y aldeas quedaron trocadas en acervos de ruinas; los campos de labor, en eriales; las llanuras, en series de cráteres hondos y humeantes, y varios de los imperios más potentes y prósperos del planeta, se hundieron; algunos quizá para no volver a levantarse. Si con todos los muertos de la guerra se hubiera formado una pirámide, ella habría sobrepasado en altura a las cumbres perpetuamente nevadas de los Alpes.

Permitidme, señores, que recuerde brevemente la enseñanza cristiana acerca de la paz y de la guerra.

Dios, necesario y eterno, creó en el tiempo, por un acto libre de su voluntad, el universo, compuesto de entes visibles e invisibles, para

comunicar por amor, aunque sólo de un modo analógico, a otros seres sus perfecciones y su felicidad. Innumerables son los que brotaron de la nada al soplo del querer divino, desde el grano de polvo que se oculta en las lobregueses del seno de la tierra, hasta los ángeles, que son los luminares del empíreo. Para que tantas y tan diversas criaturas se enderecen todas a un fin común, preciso es que cada una ocupe su lugar, desempeñe su papel, y que estén sometidas las unas a las otras. Esta conveniente disposición es lo que se apellida *el orden*.

El del universo es verdaderamente portentoso. Sobre ello han escrito páginas y libros inmortales muchos teólogos y filósofos, naturalistas y poetas, gentiles y cristianos. Todas las criaturas se hallan colocadas en amplísima escala de perfección, que va de lo máximo a lo ínfimo; y cada grupo de seres, género o especie, tiene un atributo esencial común con la entidad que lo precede y otra con la que inmediatamente lo sigue. Así, el vegetal existe como los minerales y vive como los brutos; el animal vegeta a par de la planta y siente como el hombre; y el hombre posee sensibilidad a modo de las bestias, y entendimiento y libre voluntad como los ángeles del cielo. Los seres inferiores se hallan subordinados a los superiores, y todos se prestan mutuo auxilio para su conservación y desarrollo. La tierra se abre las venas para que corran

por ella las fuentes y los ríos, y encierra en su seno la inmensidad de los mares; y las aguas agradecidas le infunden gérmenes de vida, la visten de frondas y la coronan de flores. Y así de las demás criaturas. Sobre todas las corporales está el hombre, rey de la creación; y en él también puso Dios un orden perfectísimo, porque los sentidos exteriores obedecen a los internos, los apetitos sensibles a la voluntad, ésta al entendimiento y la razón humana tiene por norma la verdad, que es impresión en las cosas de los ideales inmutables de la mente divina.

Cuando impera el orden entre diversos seres, todos se mueven en sus órbitas respectivas, sin estorbarse mutuamente, sin esfuerzo ni ruido, como las piezas de una máquina perfecta, y reina entonces tranquilidad absoluta. La tranquilidad del orden, dice San Agustín, es la *paz*, bien soberano que Cristo vino a traer a la tierra, que anhelaron los ángeles, sobre el pesebre de Belén, para los hombres de buena voluntad.

Rompió el pecado original el orden que reinaba entre las humanas potencias, porque la vista del fruto vedado dominó el apetito; el antojo logró sobreponerse a la voluntad; el querer no se conformó a la recta razón; y el entendimiento creyó más a la falacia del tentador que al oráculo divino. Como el hombre se rebeló contra Dios, su dueño y monarca supremo, las criaturas se pronunciaron contra el hombre, su rey;

y sobrevinieron las inundaciones y las sequías, el terremoto, la tempestad, el incendio; las torturas del hambre, y los tormentos de la hartura; enfermedades, que enflaquecen el cuerpo; concupiscencia, torcedora del apetito; odio y envidia, que son cáncer de la voluntad; ignorancia, tinieblas de la mente. Y para remate de tantos males, el que es cifra y compendio de todos: la muerte.

Al ver la Paz quebrantado el orden, que es su asiento, abrió las alas y se alejó gimiendo del mundo y tendió el vuelo al seno de Dios, de donde había venido.

Los infortunios todos son consecuencia remota y juntamente castigo del pecado original, agravado hora por hora con las culpas personales, que retienen la mancha de Adán, que ensanchan y que ahondan el abismo entre el Criador y la criatura. Unos males: el rayo que mata y devora; el terremoto generador de muertes y ruinas; la tempestad, que hunde y derriba, no provienen inmediatamente de la malicia humana; al contrario del incendio intencional, del asesinato alevé, de la infame estafa, de las enfermedades generadas por los vicios impuros, de los horrores de la rebelión—nunca lícita—contra las autoridades legítimamente constituidas.

Si llamamos guerra, en el significado genérico, a la ausencia de la paz, guerra son todos los males, físicos, intelectuales y morales que

afligen al universo. Pero, en sentido restricto, se apellida así el conflicto armado entre dos o más potencias soberanas.

Al modo que dos nubes cargadas de electricidades contrarias, al tocarse generan el rayo y llenan la esfera con el retumbo del trueno, así la injusticia de una nación y la razón de otra, cuando ambas luchadoras son fuertes, producen la catástrofe de la guerra. Es ella quizá el mayor de los castigos del pecado: las demás desgracias dan muerte a los cuerpos, pero acercan las almas a Dios: la guerra enciende los odios, enardece las pasiones, incita a la crueldad y mata juntamente los cuerpos y las almas. Por tal razón, David, puesto a elegir entre la peste, el hambre y la guerra para el pueblo de Israel, optó por la primera.

Ocasión de las guerras son las ambiciones de dominio, de expansión territorial, de glorias militares; la codicia insana de riquezas, el ansia por vengar pretéritas injurias y reveses. Son los soberanos quienes, en apariencia, declaran o aceptan el bélico certamen; pero no hay que olvidar que si los gobernantes son directores de los pueblos, a su turno son dirigidos por ellos. Todo gobierno, a la larga, es eco del querer de la nación; y cuando un país sano, está temporalmente regido por inicuos mandatarios, se debe a la inercia o a las internas divisiones de los buenos.

La iniquidad produce la guerra, la inocencia la acepta, y Dios, que saca milagrosamente bien de los males, la emplea como instrumento

de su justicia y su misericordia. Toda culpa necesita sanción. No siempre los individuos reciben el merecido de sus actos en la vida presente, porque hay otra futura para ellos; pero las naciones no tienen existencia de ultratumba, ni cielo, purgatorio e infierno. Todos los países de la tierra, aun los que están separados del teatro de combate por continentes y mares, están padeciendo todavía más o menos de resultas del conflicto europeo. ¿No han renegado oficialmente casi todas las naciones de la Iglesia católica? Unas yacen en las abominaciones gentílicas; fautoras son éstas de la herejía, aquéllas del cisma; las de más acá, de la incredulidad más cruda. ¡Qué pocas no se han teñido las manos con sangre de mártires; no han poblado las cárceles de sacerdotes y de obispos; no los han enviado a comer el pan mojado en lágrimas del desterrado de la patria! Esas mismas naciones y las que no se han divorciado de la fe, se han dejado invadir de la infecta epidemia moral que desató sobre el mundo las aguas del diluvio universal, e hizo llover fuego del cielo sobre Pentápolis nefanda.

Y tantas almas puras, y tantos castos y fervorosos católicos, y las vírgenes y los niños inocentes, y las mujeres fuertes, y los abnegados campeones de la fe, y los religiosos austeros, y los sacerdotes ejemplares, ¿también son víctimas de ajenas culpas, de pecados que ellos combaten y deploran? El Señor, infinitamente sabio, hace de una misma sustancia veneno y medicina;

castigo para los malos, prueba y ocasión de merecer para los buenos. No hay hijo de Adán, con excepción de Cristo—que también es hijo unigénito del Padre—y de su Madre inmaculada, exento en absoluto de culpa. La guerra es para los justos título para librarse de las penas del purgatorio, ocasión de méritos, aumento de gloria, palma del martirio; no del fácil de llevar que atormenta el cuerpo, sino del otro más tremendo que hiere el corazón y le hace sudar sangre gota a gota.

La guerra, que es medio de castigo, es conducto de misericordia; factora de ruinas, es instrumento de progreso. Las conquistas de Alejandro llevaron al Oriente la civilización helénica; las rapiñas romanas crearon un mundo homogéneo, favorable a la difusión del cristianismo; las irrupciones bárbaras produjeron las nacionalidades modernas; la conquista de Constantinopla por los turcos trajo a Italia a los prófugos griegos, que dieron cima al renacimiento de las letras y las artes.

Pero volvamos a Benedicto XV. En los primeros días de la conflagración universal, los pocos hombres que osaron hablar tímidamente de paz fueron considerados como traidores a la patria, como culpados de lesa civilización. El nuevo Papa, en su primera encíclica, deploró sin ambajes la guerra, en frases de viril elocuencia y exhortó a las naciones a la paz fundada en la justicia y acompañada de amor, sin distinción, como lo predica san Pablo, de judío o romano,

bárbaro o escita; amor, según el mandato de Cristo, no sólo a los propios, sino a los enemigos; a los que nos hacen bien y a los que nos aborrecen, persiguen y calumnian.

Semejó al principio que la voz del Pontífice fuera la del que clama en el desierto; pero la palabra humana, como imagen que es del Verbo divino, tiene el privilegio, sobre todo cuando es expresión de la verdad y nace de labios autorizados por Dios y ungidos con la sangre de Cristo, de ser siempre eficaz y labrar muy hondo en las mentes y las conciencias de los hombres. Cuando se iniciaron los preliminares de la paz, un eminente personaje, no católico, de los que fueron en aquellos días árbitros del mundo, repitió con elogio y haciéndolas suyas, las ideas y palabras de Benedicto XV.

Fecunda fue la doble tarea que el Papa se echó sobre los hombros; procurar la paz y aliviar los males y dolores de la guerra. No se conoce aún la redentora labor en todos sus pormenores, porque su eficacia consistió en mucha parte, en lo recatada y silenciosa; mas lo que se sabe basta para llenar un pontificado, para hacer inmortal la memoria de un hombre. El canje de millares de prisioneros inválidos; la devolución, sin condiciones, de los italianos atacados de tuberculosis, muchos de los cuales recobraron la salud al calor de la familia y al respirar el purísimo ambiente del nativo paraíso; la creación de hospitales en la neutral y caritativa república de Suiza, donde hallaron alivio treinta mil

heridos, franceses, ingleses y belgas, austriacos y alemanes; la concesión a los prisioneros del descanso dominical, tregua a los rudos trabajos semanales; los ingeniosos recursos para darles honestos entretenimientos y deportes; el organizar la jerarquía castrense y los servicios religiosos en todos los ejércitos, y además sanatorios para los enfermos, asilos a los huérfanos, decorosa sepultura a los finados, y el envío de cuantiosas sumas a las víctimas del hambre en Bélgica y en Austria, en Polonia y en Hungría: todo eso no fue sino una parte de las magníficas labores del Pontífice.

Su férvida caridad le inspiró una traza verdaderamente genial para enjugar copiosas lágrimas, llevar a los corazones lacerados esperanzas y consuelos. En la parte del Vaticano, asombrada por la cúpula de Miguel Angel y decorada por los divinos pinceles de Rafael donde demoran los aposentos pontificios, los vastos salones y galerías, enantes tácitos y casi solitarios, se trocaron en oficinas de bullidora actividad. Quien anhelaba conocer la suerte del hijo, del esposo, del padre enrolados en las filas de combate acudía a aquel centro, personalmente o por escrito; y día hubo en que se recibieron mil cartas, de todos los países, en todos los idiomas europeos. Las deseadas noticias se obtenían por medio de comisiones establecidas en ciudades vecinas al teatro de la guerra, y de las cuales formaban parte los nuncios y los obispos, sacerdotes y religiosos y seglares. Por cada correo

diplomático llagaban relaciones veraces y completas en lo posible, sobre los muertos y heridos, los prisioneros y dispersos, y cada dato se copiaba en una cédula aparte, destinada al que había solicitado los informes. El patio de San Dámaso, que da entrada al palacio por la parte de la plaza de San Pedro, estaba siempre colmado de ingente muchedumbre, que iba desfilando en orden por las oficinas y recibiendo gratuitamente las esperadas nuevas. Setecientas mil peticiones llegaron durante la guerra, y pasarón de medio millón las cédulas que en aquel entonces se expidieron.

Perdonadme, señores, estos detalles, ajenos a la pomposa majestad tradicional de la elocuencia sagrada. Pero existen dos linajes de elocuencia: la de las palabras y la de los hechos; y prefiero la segunda a la primera.

¡Con razón recibió el Padre Santo innúmeras conmovedoras cartas de agradecimiento y elocuentes mensajes colectivos de gratitud, firmados a una por católicos y por disidentes! ¡Cómo no, si los turcos realizaron la idea de levantar en Constantinopla una estatua de bronce de Benedicto XV, el Pontífice de la paz!

El Papa es no sólo padre y pastor, sino también maestro supremo e infalible de la moral cristiana, tan obligatoria a las naciones como a los individuos. En lo más enconado de la guerra, cuando aun se ignoraba a quién coronarían los laureles de la victoria, el Sacerdote Sumo condenó los proceder es opuestos al derecho de gen-

tes; las destrucciones, matanzas y crueldades innecesarias y, con su intercesión, salvó la vida de varios prisioneros, condenados a ser pasados por las armas.

El Juez de vivos y muertos, al residenciar a su Vicario, no pudo decirle: «Tuve hambre, y no me diste de comer; estuve herido y enfermo y no me procuraste la salud; prisionero, y no me devolviste la libertad; afligido, y no me consolaste.» Por el contrario, le diría: «Levántate, siervo bueno y fiel; porque lo fuiste en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho: éntra al gozo de tu Señor.» Si, conforme a la sentencia de Cristo, se conocerán sus discípulos en el amor que se profesan los unos a los otros, Benedicto XV mereció ser, no sólo alumno, sino el primero de los catedráticos en la escuela del Maestro celestial, y debe ser llamado, además de Pontífice de la paz, Príncipe de la caridad cristiana.

Atestigua la importancia de su acción el hecho, sin precedente en la historia, de estar representadas ante la Santa Sede, por medio de embajadores y ministros, todas las naciones del orbe; no sólo las católicas, sino las que profesan cultos y creencias diferentes; las que cuentan su existencia por siglos, y las nacidas ayer de la guerra, como brota la planta de la destrucción de la semilla. Los estados que reconocen al soberano temporal como jefe de la Iglesia, aquellos en que nació la reforma protestante,

los que siguen la religión griega separada, y los que creen en el Corán y los discípulos de Buda, todos se han agrupado al rededor de la Santa Sede, como se refugian los polluelos, cuando estalla la tempestad, bajo las alas maternas. Hánse restablecido relaciones entre la Francia oficial y la Silla Apostólica; hecho de suma importancia para la Iglesia universal, porque la patria de San Luis es, en la edad moderna, lo que Grecia en los antiguos tiempos: la preceptora a quien siguen, el modelo que imitan los demás pueblos de la tierra. ¿Cómo explicar tan espontáneo y unánime concierto?

El mundo necesita, para su estabilidad y progreso, para garantía de la libertad y el derecho, para las relaciones mutuas entre las entidades soberanas, de un principio de autoridad por todos reconocido y acatado. Los imperios de la antigüedad divinizaban a sus soberanos; el cristianismo, por boca de Nuestro Señor Jesucristo y de San Pablo, enseña que toda potestad proviene de Dios, no siempre como de origen inmediato, siempre como de fuente suprema. Esta doctrina impide el despotismo del que manda, la arbitrariedad del que legisla, porque les dice que sus poderes son prestados y que el Rey de reyes les pedirá rigurosa cuenta de su administración. La misma fe cristiana condena la rebelión en los súbditos. A la luz y al calor de estos principios, se fundaron, sobre las ruinas del feu-

dalismo, las potentes nacionalidades europeas, llegaron al ápice de la grandeza y adquirieron la suma civilización que las ufana.

De siglo y medio a esta parte, se reemplazó a Dios, en el derecho público, por los quererres siempre contradictorios y tornadizos, de las multitudes; sin advertir que la autoridad es irrisoria si el que manda deriva la plenitud de su poder del que obedece. Mas, aun les restaban, como sostén, a las viejas monarquías y repúblicas el prestigio de la tradición, el recuerdo de las pasadas glorias, el hábito inveterado del respeto.

Derrumbáronse, al soplo de la pasada borrasca, varios de los más pujantes imperios; y donde había sido uno de ellos, dominó el comunismo anarquista, que ha reemplazado el despotismo de uno con la tiranía, mil veces peor, de innumerables amos. No puedo decir lo que allí ha pasado, lo que está sucediendo todavía, porque para pintarlo con colores, no bastaría el pincel de Miguel Angel; con palabras, la divina pluma de Dante. Y es una epidemia que amenaza a todos los países de occidente, con tanto mayores probabilidades de éxito, cuanto en ellos viven y se agitan los gérmenes de la pavorosa enfermedad.

Los individuos y los estados suelen darse la muerte; el género humano nunca se suicida. Y al verse amenazado, ha vuelto instintivamente

los ojos a la autoridad espiritual que, instituida por el Verbo de Dios en persona, cuenta diez y nueve siglos de existencia y trescientos millones de súbditos que la obedecen con filial rendimiento. Mas la aproximación de las naciones a la Sede Apostólica quizá no se habría verificado tan pronto, si el Papa no las hubiera invitado discretamente, si no les hubiera abierto los brazos, si no hubiera llevado, en ocasiones, la condescendencia hasta los límites prescritos por la ley divina.

Aquí tenéis, señores, otra faz de la fisonomía moral del gran Pontífice: sus condiciones egregias de diplomático; no con aquella diplomacia que consiste en la emulación y el dolo, el engaño y el disimulo; sino con la diplomacia cristiana, que es amor, y justicia, y verdad y sencillez; y viene a ser una forma de la virtud cardinal de la prudencia.

Benedicto XV, por todo lo dicho hasta aquí, pudo haber hecho suyas las palabras del Señor, por Isaías, citadas al principio: «He creado la paz como fruto de mis labios; paz para los que están lejos y para los que se hallan cerca.» Y pudo añadir también: «Los he curado a todos.»

Muy a pesar mío, en gracia de la brevedad y de la unidad de este discurso, callaré las demás obras del gran Pontífice, referentes a la legislación y al régimen interior de la Iglesia. He querido presentaros la excelsa figura por el as-

pecto que la immortalizará en la historia, y la hará figurar con brillo en la serie augusta de los sucesores de Pedro.

Y Benedicto XV ha fallecido! Se cumplió en él la sentencia fulminada en el Paraíso, y de la cual no se eximió Cristo, ni dispensó a su Inmaculada Madre. Flores efímeras de una sola mañana, viandantes pasajeros en este valle de miseria y de lágrimas, prisioneros de este cuerpo de muerte, lloramos la ausencia de los seres queridos y la de aquellos varones que son prez y orgullo de nuestro linaje. Si sólo viviéramos la vida del espíritu, hoy entonaríamos, antes que fúnebres lamentos, un hosana de regocijo y de triunfo; porque nuestro Redentor Jesús no suprimió la muerte, sino la tornó en principio de vida; porque el Pontífice de la paz y la caridad ha mudado el trabajo, el dolor, la lucha por el reposo, la felicidad, la victoria.

Nada le aprovechan a él los elogios de los vivos. Se los tributamos por deber de justicia y gratitud. Mejor haremos en pedir por el alma del Padre amadísimo, para que el Señor le conceda el perpetuo descanso y la luz eterna lo alumbre. *Requiem aeternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei.*